NOTAS

NOTAS

LA MODA POSTMODERNISTA
Y LA DECADENCIA ESTÉTICA
EN AMÉRICA LATINA**

H. C. F. Mansilla*

Hoy en día el postmodernismo es muy frecuente en grupos que ejercen una considerable influencia sobre la creación cultural y artística, los medios masivos de comunicación, la enseñanza universitaria y hasta la administración pública. Sería importante estudiar las causas de esta popularidad intelectual y los usos instrumentales a los que se presta esta tendencia. Las corrientes adscritas al postmodernismo son mucho menos originales de lo que suponen sus hábiles propagandistas. Por ello no es

* *El orden tradicional, la moda post-modernista y la continuada decadencia de la estética en América Latina*, es el título original de este trabajo, recortado por razones de espacio.

** Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, Bolivia.

superfluo mencionar algunos antecedentes del pensamiento postmodernista, que proclama, entre otras cosas, la decadencia de los llamados ‘grandes relatos’, el fin de las ideologías políticas, la imposibilidad de jerarquías en la creación intelectual y la isostenia de todo esfuerzo filosófico, incluyendo los campos de la ética y la estética. La *sofística pre-socrática* y el *escepticismo* clásico de la época helenística –con sus principios *relativistas* y *probabilistas*– constituyen seguramente algunos de los precursores más importantes del postmodernismo. Las teorías de *Arthur Schopenhauer* y *Friedrich Nietzsche* en el siglo XIX y de *Ludwig Wittgenstein* en el XX conforman otras de las piedras angulares de esta ahora popular doctrina.

NOTAS

172

Sus adherentes son gente desencantada con los variados experimentos socio-políticos de nuestra terrible época y con las altisonantes enseñanzas de pretensión universalista que los acompañaron, decepcionados también con el realismo socialista, la literatura comprometida y con otros credos de inclinaciones normativas absolutistas que prevalecieron durante buena parte del siglo XX. Este saludable desencanto no implica, lamentablemente, que los partidarios del postmodernismo tengan menos necesidad de certidumbres –ahora disfrazadas en forma ingeniosa de una actitud dogmáticamente libertario-nihilista– que los marxistas y revolucionarios de reciente data. Su mayor mérito debe ser visto en el campo de las relaciones públicas (por lo que efectivamente están con la corriente del tiempo): creen y hacen creer que representan la generación más libre de la historia contemporánea.

El aspecto positivo y promisorio del pensamiento actual, postmodernista o no, es el esfuerzo de poner fin al designio de transformar nuestro planeta en un paraíso terrenal según esquemas teóricos determinados *a priori* por los maestros pensadores como *Marx* y *Lenin*, *Castro* y *Guevara*, esquemas pretendidamente obligatorios para todas las sociedades y naciones. Su lado negativo consiste, como ya lo analizó

José Ortega y Gasset, en que este proceso culmina, en realidad, lo comenzado por dictadura blanda de las clases medias y concluido por los regímenes tiránicos de la oclocracia: las modas contemporáneas se basan en un exceso de democracia, en el predominio de la turba, en la supremacía de la demagogia, en la rebelión exitosa de las masas y en la prevalencia del mal gusto plebeyo. La sociedad de masas, tan proclive precisamente a las necedades postmodernistas, ha eliminado a las élites genuinas y al espíritu aristocrático y las ha reemplazado por la dictadura del consumismo, la tiranía de lo cuantitativo y el gobierno de los anunciantes de televisión.

El éxito del postmodernismo no se debe exclusivamente a un razonado y razonable rechazo del credo socialista y de la ideología marxista en las esferas de la política, la economía, la vida social y la estética. Se trata también de una teoría cortada a la medida del actual espíritu oportunista y acomodaticio. La mayoría de los partidarios del postmodernismo celebraban hace pocas décadas las virtudes del marxismo, la planificación y la estatización del aparato productivo, y ahora se consagran con igual candor a alabar el orden capitalista, el libre mercado y el mundo de lo ligero y fácilmente digerible. Ellos enfatizan sobre todo la impor-

NOTAS

tancia decisiva del mercado aplicado al campo de la literatura y el arte: la validez de toda obra de creación artística y literaria estaría dada por la moda dominante en un momento dado, siendo la casualidad y la contingencia el único cimiento genuino de todo juicio valorativo sobre las obras de arte. Los ideólogos postmodernistas niegan para la esfera de la estética todo criterio racionalmente fundamentado o constituido por una normativa clásica, que ellos se empeñan en calificar de metafísica. Esto ha tenido una seria influencia sobre la creación artística y literaria. El predominio de la *isostenia* en la estética —la existencia de normas, gustos y estimaciones entre sí contradictorias, pero equivalentes en valor cultural y consistencia lógica— haría imposible una selección jerárquica de los productos del arte y la literatura, una gradación de los mismos o simplemente una clasificación entre buenos y malos. El campo tradicional de la belleza estética queda así librado al decisionismo irracional y a factores fortuitos y aleatorios. Siendo las normas y los valores entre sí indiferentes, resulta entonces tan razonable como necio celebrar o rechazar un libro o una pintura.

Posiciones centrales del postmodernismo rejuvenecen la vieja tradición relativista del escepticismo: los grandes textos literarios serían

meros pretextos para otros textos; los valores transcendentales de orientación constituirían *ilusiones* socialmente necesarias, ya que todo edificio teórico y las concepciones de verdad y justicia conformarían fenómenos aleatorios y prejuicios circunstanciales; la voluntad política de un individuo o de un grupo sería tan valiosa o tan trivial como la de cualquier otro. En la praxis postmodernista, que tiende a transformarse en un imaginario signado por la gramática del vacío, por la pragmatización extrema de nuestras facultades racionales y por la trivialización de los valores del racionalismo, tendríamos el ‘pensamiento débil’ (*Gianni Vattimo*) en lugar de una ideología programática específica, el consumo grosero y la televisión en vez de la participación en los asuntos públicos, el *anything goes* en reemplazo de todo pacto o compromiso socio-político, un actor efímero y cambiante en vez del sujeto racional y centrado, un mero mercado de simpatías aleatorias en sustitución de la discusión estética y finalmente un ‘consenso massmediático’ (*Rigoberto Lanz*) en lugar de partidos políticos.

La insistencia postmodernista acerca de la relatividad de todo conocimiento y la abstención del juicio valorativo impiden un análisis racional sobre la validez de todo criterio estético o de toda medida de conser-

NOTAS

vacación museística. El pensamiento escéptico, como el postmodernista, tiene la cualidad de la auto-inmunización: a causa de su relativismo extremo, sus enunciados no pueden ser, en rigor, sometidos a un procedimiento de comprobación o falsación empírico o lógico. Todo signo, por ejemplo, no denotaría un significado, sino que remitiría a otro signo en una cadena de infinita regresión. El lenguaje y el significado caminarían por sendas diferentes. En última consecuencia esta posición conlleva la disolución del sujeto: el yo resultaría ser una mera ilusión o, en el mejor de los casos, un receptáculo de impresiones y pasiones.

El peligro de estos teoremas en el terreno de la estética y de la labor museística reside en lo siguiente. Los principios del relativismo, que se reclaman de una estricta adecuación a las usanzas contemporáneas, pueden ser utilizados para justificar cualquier decisión aleatoria en nombre de la falta de criterios para discernir entre lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo. En el intento de evitar todo dogmatismo, el escepticismo y el postmodernismo terminan en una indiferencia práctico-estética de corte absolutista, no menos dogmática que otras doctrinas normativas tradicionales. La indiferencia estética en cuanto sistema exhibe en la vida diaria un carácter eminentemente con-

servador. No existiendo parámetros realmente válidos para juzgar la calidad de una obra de arte o de literatura, el escéptico se contenta con el mal menor, es decir con aceptar todo producto que surge en el mercado del arte.

Esta tolerancia positiva con respecto a la horrible avalancha de obras literarias y artísticas que tenemos hoy en día que soportar tiene un sintomático paralelismo en la manera cómo el postmodernismo concibe la esfera política. *Michel de Montaigne*, siguiendo su proverbial pragmatismo, propició un claro acatamiento al orden prevaleciente en virtud de su mera existencia. *Sexto Empírico*, el gran filósofo del escepticismo clásico, aconsejaba a sus discípulos respetar escrupulosamente las leyes vigentes y practicar el culto religioso dominante, sin cuestionar su legitimidad histórica o sus presuntas bondades. El ahondar en estos enojosos e irritantes asuntos conllevaría ante todo una innecesaria perturbación de la paz espiritual, el más grave error en que podría incurrir un hombre sensato.

La relevancia actual del escepticismo y relativismo se debe a que esta corriente de pensamiento permite combinar un comportamiento externo de sumisión bajo el orden establecido con una conciencia crítica de ese mismo orden: la libertad interior

de pensar y estar en desacuerdo con los hechos de la realidad es ganada a costa de limitar la conciencia crítica a la esfera de la reflexión, cercenando toda trascendencia de ésta hacia el campo de la vida cotidiana. Esta relación entre teoría y praxis, tan cara a los espíritus oportunistas y acomodaticios —es decir a la porción mayor de la humanidad—, fue anticipada por Montaigne. Las leyes, a las cuales él propugnó obediencia, las consideró en su fuero interno como irracionales y despreciables, productos de hombres incultos y sin sentido de justicia. Ante los ojos de Montaigne la esfera de los asuntos públicos no era más que una farsa, y la sabiduría de los gobernantes, una ficción.

Hoy en día la abstención de juicios valorativos (o la separación entre hechos y valores, entre teoría y praxis, entre ciencia y política), propugnada por las tendencias neopositivistas y las teorías postmodernistas, contribuye a la fortuna de no tener que asumir responsabilidades incómodas en la praxis cotidiana, preservando una opinión crítica y hasta radical en el fuero interno. En las esferas de las casas editoriales, el museo y las galerías esto significa que hoy en día se publica, se expone y se vende con preferencia cualquier muestra de trivialidad y vulgaridad, si las modas mercantiles del día y otros criterios

contingentes —como los nexos de amistad y parentesco— así lo prescriben.

La crítica de la modernidad debería conllevar asimismo una notable revalorización de lo tradicional, preburgués y pre-industrial, cosa que no intenta el postmodernismo. Lo razonable, por lo tanto, no reside primordialmente en el examen de lo que podría ser lo postmoderno, sino en una visión que destaca los elementos presumiblemente rescatables de aquel estado de cosas caracterizado por la prevalencia de factores religiosos y aristocráticos y por pautas de comportamiento pertenecientes al *ancien régime*. Ahora bien: no toda tradición es *per se* razonable; en América Latina tenemos la mala suerte de haber heredado un legado cultural —el ibero-católico— que siempre se destacó por su espíritu irracional, autoritario, burocrático y provinciano. Algunos males del presente (baste el referirse a las prácticas cotidianas del Poder Judicial, de la administración pública y de la universidad) tienen que ver casi directamente con aquella tradición socio-histórica. Aunque nos encontramos con un tema altamente complejo y hasta contradictorio, cuyo tratamiento diferenciado puede despertar la impresión de un argumento esquizofrénico, es indispensable analizar la era premoderna en América Latina y percibir *simultáneamente* sus elementos

NOTAS

176

positivos y negativos, su pasado irre-
cuperable y su herencia provechosa.

Nuestros problemas actuales no
pueden ser disociados del relativo es-
tancamiento histórico que sufrieron
España y Portugal a partir del siglo
XVI. Este atraso evolutivo no puede
ser desvinculado del conocido talan-
te *iliberal* y *acrítico* que permeó du-
rante largo tiempo las sociedades
ibéricas, parcialmente responsable
por la esterilidad de sus actividades
filosóficas y científicas, por la pro-
pagación de una cultura política del
autoritarismo y por la falta de ele-
mentos innovadores en el terreno de
la organización social. Esta opinión,
que conforma la base de la historio-
grafía convencional liberal y marxis-
ta, es, empero, insuficiente, ya que
deja de lado los aspectos positivos
—es decir, válidos hasta hoy— de aquel
amplio legado histórico-cultural, as-
pectos que pueden ser localizados en
la configuración de la vida cotidiana,
en las estructuras familiares, en los
ritmos laborales, en el ornato y la
estética públicas, en el mayor respec-
to por los ecosistemas naturales y en
el reconocimiento de las limitacio-
nes inherentes a la especie humana,
lo cual ha estado ligado a sentimien-
tos religiosos.

Las naciones ibéricas no estimu-
laron ni contribuyeron esencialmen-
te al nacimiento del mundo moderno,
basado en el desarrollo impetuoso de

la ciencia y la tecnología, en la in-
dustrialización y la regulación me-
tódica de la vida cotidiana. Al sur
de los Pirineos y en el ámbito colo-
nial español y portugués no se dio
hasta el siglo XIX una comprensión
adecuada de los cimientos espiritua-
les y cognoscitivos de los procesos
modernizadores y tampoco, paradó-
jicamente, una actitud crítica con
respecto a lo negativo de la moder-
nidad. Cuando las naciones ibéricas
y las latinoamericanas ingresaron al
arduo camino de la modernización,
lo hicieron copiando indiscrimina-
damente los modelos ya existentes,
ofreciendo muy poca resistencia a
los aspectos antihumanos contenidos
en aquellos sistemas imitativos de
modernización, los cuales predomi-
nan aun hoy en la fase contemporá-
nea de la evolución latinoamericana.
La paradoja reside en el hecho de
que los procesos de modernización
en estas tierras coinciden con la bús-
queda de una identidad genuina-
mente propia y el renacimiento de
tendencias autoctonistas, es decir,
con factores que impulsan una se-
vera crítica a las sociedades altamen-
te industrializadas, a las cuales se las
acusa de los principales males su-
fridos por las naciones subdesarro-
lladas, tendencias, empero, que se
hacen dictar las metas mismas, los
contenidos y las rutas del desarrollo
por aquella civilización metropoli-

NOTAS

tana que es el blanco de innumerables diatribas.

En estas tierras el resultado es una modernidad de segunda clase, lo que irremediamente tiene consecuencias para la estética pública y la privada: hay enormes ciudades que poseen todos los inconvenientes y pocas de las ventajas de las grandes urbes del Norte; la importación masiva de tecnologías ha dejado de lado el sustrato científico, el espíritu crítico e indagatorio que hicieron posible la ciencia y, por consiguiente, el florecimiento técnico-industrial contemporáneo; la urbanización apresurada y la apertura de vastos territorios suceden sin una preocupación colectiva por la contaminación ambiental y la destrucción de la naturaleza; la construcción de instituciones cívicas y políticas ha ocurrido prescindiendo de los designios de liberalidad, democracia, tolerancia y pluralismo que animaron los orígenes de aquellas en el marco de la civilización occidental.

La percepción meramente instrumentalista de la modernidad ha contribuido, junto con los efectos prácticos de una poderosa tradición intolerante, fanática y demasiado optimista –rasgos que las manías postmodernistas no han amortiguado sensiblemente– a desplazar modos de comportamiento y organización, a los que ahora se les atribuye el ca-

rácter de lo anticuado y superado por el rumbo pretendidamente inevitable del progreso material e histórico, los que, sin embargo, han simbolizado y encarnan todavía hoy –en la literatura y en la memoria colectiva de muchos pueblos de la Tierra– diversos fragmentos aun válidos de una vida más plena y humana, de una cosmología más sabia y de una convivencia más sana que los principios comparables derivados de la cultura de la modernidad. La herencia civilizatoria que moldeó el continente latinoamericano hasta bien entrado el siglo XX implicaba una relación distanciada, escéptica y hasta ingeniosa con respecto a la administración pública, al Estado y a sus instancias subordinadas; contenía además una ética laboral que *no* exaltaba el trabajo metódico y continuado ni el ascetismo intramundano a la categoría de fin óptimo de la especie humana y actitud gratísima ante los ojos de Dios –como lo hace todavía la mayoría de las confesiones protestantes. También con respecto al fenómeno de la religiosidad, a la disciplina social y a la estructuración de los grupos primarios, el orden tradicional ha sabido conservar pautas de orientación más diferenciadas, ecuanímes y sabias que aquellas que prevalecen hoy día en los centros metropolitanos.

NOTAS

178

La estética pública del orden pre-moderno estuvo ligada a la ética laboral de aquella época. De la comparación de ambas actitudes podemos obtener algunas luces que nos permitan apreciar lo que hemos perdido mediante la introducción de la modernidad. El orden tradicional poseía una concepción muy saludable en lo que atañe al trabajo. A éste no se le atribuía el encumbrado valor que entretanto ha alcanzado en las naciones altamente industrializadas y, en particular, en los países socialistas; se trabajaba lo estrictamente necesario para un consumo razonable, pero no para los objetivos de la acumulación y el posible bienestar de generaciones futuras. Era relativamente desconocido el esfuerzo sistemático en favor de una elevación incesante de la productividad. Sólo desde el punto de vista de la ética protestante y el modernismo eurocéntrico se puede menospreciar la vida contemplativa, la dedicación a la magia, al placer o a la creación artística, la comunicación con la naturaleza y la consagración a actividades no productivas. La distribución de poder, honor y riqueza estaba ligado, en un grado mucho más elevado que en el presente, a lo casual y contingente y no al rendimiento individual en el proceso laboral. Se puede afirmar que, en rigor, aquel sistema de asignación de méritos no estaba dema-

siado alejado de la azarosa justicia humana, para la cual rara vez existe una conexión racional entre esfuerzo y recompensa.

Dentro de esta posición eminentemente realista se consideraba que el ocio no es menos virtuoso que la laboriosidad; había un espacio para aquel *otium cum dignitate* de corte aristocrático, que ha sido muy propicio al florecimiento de una genuina cultura y que hoy en día ha cedido su puesto a la grosera combinación de trabajo alienado y derroche plebeyo. Hay que subrayar el hecho de que este aspecto de la modernidad no es ni alterado ni puesto en duda por el postmodernismo. No era una sociedad de holgazanería permanente, pero sí una donde no cabían ilusiones demasiado sublimes en torno a las retribuciones y consecuencias en verdad modestísimas que se podían alcanzar mediante el trabajo honrado e infatigable o por medio de estudios eruditos y profundos. En el saber superior se traslucían de modo patente la influencia los ideales de la fracción de la clase alta dedicada al ocio, con la finalidad de impresionar y hasta de engañar a los ingenuos. Después de todo, una de las funciones primordiales de todos los afanes intelectuales hasta nuestra época ha consistido en desorientar al resto de la sociedad, y es una lástima que se haya diluido la antigua

NOTAS

actitud escéptica ante el saber convencional.

En contraposición a la época actual, la clase alta en la península ibérica y en las colonias poseía un genuino interés por el ornato público, por un estilo de vida propio y diferenciado y por el desarrollo de un arte y una literatura congruentes con su esfuerzo por sobresalir dentro de su medio. Las clases dominantes del presente son, como se sabe, un conglomerado híbrido que no puede ni quiere disimular su origen plebeyo y sus parámetros de orientación basados en la chabacanería contemporánea. No han sabido crear una cultura propia y específica y han adoptado más bien las pautas de comportamiento, las preferencias y los gustos de las clases medias norteamericanas de corte provinciano. Las modas postmodernas no modifican para nada este rasgo de la modernidad y más bien lo acentúan. Es verdad que la aristocracia tradicional tuvo siglos para constituir su modo de vida y sus criterios depurados, sin tener que sufrir ni la crítica ni la competencia serias de otros grupos sociales organizados. Pero también es cierto que los estratos más privilegiados del presente disponen de medios financieros en una cantidad que la antigua nobleza nunca hubiera imaginado como posible y de posibilidades de viajes, educación y

diversidad de ofertas que son seguramente excepcionales en el decurso de la historia universal.

Pese a todas sus limitaciones, la vieja aristocracia tradicional protegió y fomentó un espacio donde el arte pudo desplegar algunas de sus posibilidades; la tuición eclesiástica y la preceptiva teológica cercenaron un florecimiento mayor de las musas. Aquella atmósfera permitió, sin embargo, una cierta autonomía de los valores estéticos. El quehacer artístico pudo ser fructificado por la contemplación, la fantasía y el sentimiento, antes de que estas categorías cayeran en descrédito frente a las necesidades del actual mundo industrializado y también frente a los dictados del realismo socialista. La cultura tradicional mostró, paradójicamente, más comprensión por los aspectos positivos de la creación individual y subjetiva que la civilización de la modernidad, sin llegar, empero, a endiosar el rol del artista, como lo hace el postmodernismo del modo más burdo. En aquel marco germinó la concepción de que el arte representa una realidad más alta, pura y noble que la vida cotidiana; el arte como una verdad superior y como encarnación de la *promesse de bonheur* se transformó en una protesta –sublime pero clara– contra lo profano y prosaico de la existencia real. A pesar de su crítica al arte y la

NOTAS

literatura comprometidas y a las vanguardias estético-ideológicas, las doctrinas postmodernistas no han aportado en este terreno nada que merezca ser siquiera mencionado.

La civilización moderna, y especialmente esa imitación de segunda clase en tierras del Tercer Mundo, ha significado ciertamente un gigantesco impulso liberador para aquellas fuerzas del individualismo que estaban latentes en el seno del antiguo régimen, pero ha instaurado simultáneamente una tendencia vigorosa hacia el uniformamiento avasallador de toda la vida social. El principio de rendimiento y la propensión a someter toda la gama de actos humanos bajo un mismo sistema de normas, criterios y valoraciones han contribuido en forma enérgica a despojar a la literatura y al arte de su *aura* mágica, trascendente y excepcional y a convertirlos en asuntos prosaicos como todos los demás. El arte *post-aurático* deviene mensaje ideológico u objeto decorativo, dejando de lado los temas que lo hicieron grande.

El desprecio por la belleza, la sensibilidad, la pasión y el buen gusto ha sido, empero, una constante del pensamiento represivo y reaccionario; sólo el arte que se concibe a sí mismo como búsqueda de armonía y belleza puede desplegar su potencial revolucionario y mostrarnos la posibilidad de una vida plenamente

lograda. Este arte auténtico no se da en el seno de aquellos movimientos contemporáneos, afiliados a inclinaciones postmodernistas, que tratan de borrar las diferencias entre lo santo y lo profano, lo cotidiano y lo festivo, lo público y lo privado, lo lícito y lo delictivo, la cursilería y la maestría, la locura y la razón. La inclinación a estas deliberadas simplificaciones en nombre de la modernidad, el postmodernismo, el progreso y las demandas del mercado artístico, en el fondo apuntan a una destrucción del arte, de los valores humanistas y de la verdad inmersa en ellos. El ensalzamiento inmoderado del artista hoy en día en conjunción con la carencia de conocimientos y criterios estéticos dentro de la nueva clase dominante conduce a que cualquier capricho, experimento o aberración sea considerada como una genuina obra de arte; el carácter deliberadamente rústico de ésta y su similitud con la esfera de lo profano son ahora argumentos en favor de la calidad de la misma, de su profundidad y novedad, de la singularidad de su mensaje y de la originalidad de su ejecución. En la sociedad premoderna todo este discurso habría sido desenmascarado como el intento burdo de justificar la mediocridad de gente sumamente vanidosa que se habría equivocado de oficio. El respeto a la comunidad de parte de los genuinos artistas se ma-

NOTAS

nifestaba en la sana costumbre de someter al veredicto de los entendidos unas pocas obras primorosamente terminadas y en no fatigar la atención pública con meros esbozos, proyectos y ocurrencias, que pertenecen, así sea por un mínimo sentido de decoro, a la vida privada del artista.

Algunas de las ventajas de la tradicionalidad –solidaridad recíproca, estabilidad afectiva, seguridad anímica– estaban conectadas a estructuras sociales relativamente simples y florecieron en ambientes francamente restringidos, en los cuales prevalecía una jerarquía muy elemental de valores de orientación. El intercambio de informaciones con el mundo exterior estaba limitado a un mínimo y afectaba sólo los asuntos de la clase alta. Ante esta situación se puede argumentar, no sin razón, que el orden tradicional en su totalidad no tiene nada que ofrecer al complejo mundo moderno, y menos aun en el terreno de las pautas de comportamiento. Sólo después de conocer y experimentar los lados negativos de la modernidad y el carácter omnívoro de sus instituciones –como el Estado, el partido, la burocracia, la nación, la opinión pública decretada desde arriba– se puede apreciar, por otra parte, lo positivo del orden tradicional: sus ideologías fragmentarias, sus lealtades diluidas, sus sistemas laxos

y hasta incoherentes de control social. Recién hoy, después de Hiroshima y Auschwitz, se puede percibir lo razonable en aquellos regímenes sociales que parecen algo caóticos, faltos de dinamismo, provincianos y carentes de pretensiones con respecto a la propia evolución.

La civilización de la modernidad y las doctrinas postmodernistas están de acuerdo en un punto: hay que diseñar el pasado como un mero antecedente, habitualmente embarazoso, del presente y del futuro y a suponer que se puede construir un orden mejor mediante sistemas tecnológico-económicos que se rigen por la razón instrumental. También en nuestras tierras se va difundiendo la concepción tecnicista de que se puede hacer *tabula rasa* con el pasado, con la diversidad regional, con las peculiaridades históricas, étnicas y culturales y con las tradiciones colectivas; ahora se considera posible y deseable la ‘construcción’ del progreso social según las pautas de proyectos técnicamente factibles. Esta concepción no es popular sólo entre los tecnócratas conservadores, sino también entre socialistas radicales. Marx no ocultó su admiración por los jacobinos franceses, quienes despreciaban todas las formas de organización social basadas en la variedad de lo que ha crecido históricamente en forma autónoma y original. La legi-

NOTAS

timidad de lo moderno estriba en el éxito de los procesos tecnológicos y en el desalojo de lo tradicional, reputado actualmente como encarnación del atraso y la pobreza.

La filosofía y la ciencia nacieron también de la admiración ante la belleza del cosmos y de la sorpresa ante lo inaudito y lo insólito. La condición fundamental de todo saber es la pasión por cuestionar, descubrir y desvelar; la base del arte y de la literatura es la irrupción de un entusiasmo por la verdad que se presenta como el propósito vehemente de exhumar y revelar la esencia encubierta de las cosas. Pasión y verdad forman un vínculo irreductible, el símbolo más noble de la existencia humana. Pasión, entusiasmo y amor a la verdad y a la belleza constituyen la porción más insigne de aquello que el orden tradicional nos ha legado.

Las teorías más importantes de la modernidad y del postmodernismo están sintomáticamente de acuerdo al presuponer que los valores del mundo premoderno pueden y deben ser calificados de anticuados: fidelidad en lugar de codicia, solidaridad en vez de competencia, generosidad y no parsimonia, amistad en reemplazo de egoísmo, hogar sin burocracia, felicidad libre de esfuerzo, bienestar sin megalomanía, carácter aristocrático independiente en contraposición al espíritu gregario de masas y buen

gusto estético sustituyendo modas plebeyas respaldadas por manipulaciones mercantiles. Pero aun así, es decir sometidos al poderoso vituperio conjunto de la burocracia estatal, de la escuela y de los medios de comunicación, estos valores tradicionales son indispensables para hacer más llevadera nuestra sociedad que quiere indefectiblemente alcanzar en el lapso más breve el grado de evolución histórica de las naciones más adelantadas del Norte, sin percatarse de que la vida en éstas no es tan satisfactoria como se supone fuera de ellas.

La conciliación entre razón y sensualidad, la victoria de Eros sobre la agresividad individual y colectiva y la intervención de las pasiones nobles pueden coadyuvar a humanizar la técnica, el consumo y la planificación y, por ende, a mitigar las rigurosidades de la civilización industrial.